

Sábado

Revista Semanal

Primer año

MEDELLIN 9 DE JULIO DE 1921

Número 10



ALFONSO CASTRO

Daniel Posada & Cía

SASTRES DE MODA



PODEMOS

ofrecer a nuestra clientela vestidos
de primera clase por un

PRECIO MODERADO

porque introducimos toda nuestra fo-
rrería y paños directamente.



DIRECTORES:
BERNARDO VELEZ
F. VILLA LOPEZ

SABADO

REVISTA SEMANAL

PUBLICADA POR LA
SOCIEDAD EDITORIAL
LITERARIA

Primer año

MEDELLIN, 9 DE JULIO DE 1921

Número 10

= ALFONSO CASTRO =

Veinte años de labor literaria constante y fecunda le colocan entre los maestros de las letras colombianas. Desde su primer libro de cuentos, titulado *Notas humanas*, y publicado en 1901, hasta sus recientes trabajos de sociología y de vulgarización médica, ha recorrido con distinción casi todos los géneros literarios: el cuento, la novela, el artículo político, la crónica social, el estudio científico y el artismo filosófico.

Y no se crea que por esta meritísima labor de veinte años se encuentra Alfonso Castro en los umbrales de la vejez y de la decadencia, que aúnes joven y mucho se espera de su briosa pluma. Hállase en plena edad madura, en esa edad en que la experiencia y la meditación parecen fijar las aptitudes del pensador, permitiéndole darnos el más sazonado fruto de su inteligencia.

Empezó a escribir muy joven, a los veinte años o quizá antes, y desde entonces se reveló como brillante promesa su vigoroso talento, su estilo sobrio y enérgico y su marcada tendencia social. Puede asegurarse que todos sus escritos, aun los de amena literatura de imaginación, tienden a un fin noble y humano, como los de ciertos novelistas rusos, religiosos en el fondo, que persiguen siempre un ideal de caridad y de justicia, bajo la apariencia de un sombrío pesimismo.

Pintar los defectos y las lacerias sociales para corregirlos, ha sido y será el nervio de los escritos de Castro, en novelas, cuentos, crónicas y folletos científicos, y por esto tienen doble mérito: el artístico y el educador. La obra del literato se confunde sin esfuerzo con la obra del moralista.

Su nombre suficientemente conocido en el país, aunque tal vez no tan apreciado como lo merece, no necesita recomendaciones. *Sábado*, que busca el apoyo de los escritores consagrados, y que a la vez pretende servir de auxiliar a los que empiezan, presenta hoy la vigorosa personalidad del doctor Castro como un ejemplo de constancia y de inteligencia bien empleada; porque siendo de los que trazaron el camino del pensamiento, sigue por la brecha abierta, con la bandera en alto.

ANIMA EXPUESTA

Debilidad de la mujer; puro sofisma. Es como hablar de la debilidad del genio en relación con la naturaleza. Colón era débil, igual a un átomo en presencia a la inmensidad, frente a frente de lo desconocido; pero fuerte, y muy fuerte, por la idea grandiosa que se agitaba en su cerebro; tanto, que a despecho de las fuerzas ciegas del universo, sometióndolas a su voluntad, realizó su pensamiento y descubrió un mundo.

Así la mujer: débil, muy débil, en presencia del músculo masculino: el menor contacto la maltrata, la más insignificante rudeza hace crispas su alma; pero fuerte en grado sumo por el corazón. De su misma debilidad extrae ésta la fuerza y el imperio. ¿Qué pecho no se ablanda con el rocío de femeninas lágrimas? ¿Quién no siente sucumbir la voluntad bajo el prestigio de una voz arrulladora, acompañada de la caricia de una mano de seda? ¿Quién no entrega su independencia, su nombre, el alma, ante el ruego de unos labios rojos, que ponen muerte deliciosa en cada beso?

Puro sofisma vuestra debilidad, amadas; pero seguidlo cultivando para vuestro bien. Eso sí, hacedlo con discreción como hasta hoy, como siempre. Que nosotros, los fuertes, vivamos convencidos de que gobernamos el mundo; de que somos amos y señores; en tanto que vosotras, con una simple mirada de vuestros ojos, nos hacéis variar lastimosamente de opiniones y nos aprisionáis como un niño a una mariposa. Continúa fingiendo debilidad—es un encanto para el amor y para vuestro idealismo—, pero poned ese fingimiento al servicio del bien. De lo contrario, la humanidad está perdida.

* * *

La burla es tolerable cuando está matizada de ingenio; no hiere a nadie y es brote de alegría; pero burla como la tuya, no tiene razón de ser... ¡Reírte de la pobre niña por falta de elegancia, por la humildad de sus ropas, por lo zurdo de sus ademanes! ¡Y reírte a boca abierta, el rostro congestionado, lacrimosos los ojos, temblándote el seno virginal!

Vaya que el incidente ocurriera con una de las de tu clase, aristócrata y rica: sería un simple acto de lamentable educación, el cual, por lo menos, tendría la disculpa de valerosa imprudencia. Pero, abusando de tu rango, escarnecer a quien con su misma timidez y pobreza declárase vencida, a quien, sintiéndose débil, implora con los ojos tu egida, deja de ser defecto educativo, para convertirse en brote de viciados instintos.

No eres buena, o sí acaso, lo guardas muy oculto. Lo que has hecho no es una ligereza de mucha-mimada, ni donaire de espíritu veleidoso, pero sano. Es un acto contra la caridad, que tanto amó. Aquel ante quien te prosternas; es una cobardía, indigna del que noble se titula; es una humillación a que has sometido tu alma al pretender humillar a la que, por su misma humildad y apocamiento, quizá lleva el pecho estrellado de virtudes.

* * *

La abuela arrugadita, limpia y querida, se moría de haber vivido mucho. Su alma, antes de tender el vuelo, aleteaba por última vez en su organismo gastado. Haciendo un supremo esfuerzo moduló algo propio de un morador de Grecia:

—Que me traigan muchas flores, pero muchas, por brazadas... Que abran las ventanas para que nos inunde la luz y yo pueda ver el cielo... sí, el cielo azul a donde quiero ir alegre y risueña como he vi-

vido....Ah! y después, que venga Lisandro con la guitarra para que me cante aquellas viejas canciones de amor....

Fué complacida. La estancia aromóse de encendidas rosas y claveles: la luz entró a raudales, derramando promesas de renuevos, y el trovero desgranó el alma de la guitarra en la atmósfera mortuoria, en tanto que su voz, como flecha de oro, rompía el aire con un canto de pasión.

Y la viejecita, que hasta ante el dolor había sonreído, fué quedándose dormida para siempre....

¡Bendita aquella existencia que amaba las rosas y la luz, que amaba el amor y los versos! ¡Bendita sea quien hasta en la hora de la muerte prodiga la limosna de sonrisas y alegrías a las almas enristrecidas!

**

Grande es siempre el alma del pensador, del poeta o del artista. Se busca a sí misma y su goce íntimo lo encuentra cuando se halla en la soledad, frente a sus pensamientos.... ¿En la soledad? Nó. Que nunca una alma selecta está sola en la soledad: está consigo misma, divinamente acompañada, sumergida en la fuente de emociones, que brotan del espíritu mudo que en sí propio se recrea.

Soledad de horror la de las almas intensas, en compañía de otras almas de todos los días, que habitan, mortifican o producen el estado repelente de la indiferencia. Soledad espantosa la acompañada, la que tanto ansian los espíritus poco espirituales, y que por fuerza tiene de soportar quien a diario se codea con los desemejantes en busca de sustento. Soledad de infierno la que produce la multitud, que suda, vocifera, patea, babea, hace mitines, da popularidad y es inconsciente.

Por fortuna, tú, alma de poeta, de pensador o de artista, vives muy lejos de todo eso que es prosa de la mala. Moras en la montaña de tu yo, donde soplan vientos frescos y tónicos, donde el benigno azul de un cielo sin mancha, llena las pupilas de inmensa sed de ideales y donde no se escucha más ruido que el lento y dificultoso palpitar de las ideas que van surgiendo a la vida. La estrofa que canta en tu interior; el cuadro cuyos tonos de belleza y de verdad has visto desfilar ante tus ojos febriles; el sistema filosófico que ha de ser nutrición de espíritus hermanos, pueblan tu vida de alegría, de ensueño y de fuerza. Seguramente la obra inspirada, tal cual la forjaste en ti y para ti, no llegará a realidad; porque la obra perfecta del artista muere con él; pero en cambio nacerá otra comparable a aquella, no obstante las faltas y omisiones de lo humano, y eso es suficiente para el cumplimiento de tu misión.

Bajarás de la montaña ya creador, y el mundo podrá admirarte, ignorarte, comprenderte, combatirte; nunca dejarte pasar inadvertido. Inadvertido sólo marcha quien jamás ahondó en la huella de la existencia, ni fue enigma para nadie.

Alma mía, sé fuerte y solitaria como el alma del pensador o del artista. Bástate a ti misma. Cava hondo tu surco y haz vibrar intensamente tus músicas internas. Desdeña la popularidad que es tóxica, y esculpe tu obra con paciencia. Es menester amar-se mucho a sí mismo, para poder trabajar por el bien de la humanidad. Hay que tener confianza en el yo, si se aspira a luchar por el bien y el progreso.

Alfonso CASTRO

ANÁLISIS LITERARIO

A imitación de la obra de Albalat, existe también en castellano *El arte de escribir en veinte lecciones*, por don Miguel de Toro Gómez, excelente traductor y hábil humanista, a quien le debe nuestra lengua importantes servicios, continuados luego por su hijo don Miguel de Toro Gisbert, autor de *Enmiendas al Diccionario de la Academia*, de *Apuntaciones lexicográficas* y del *Tesoro de la lengua española*, libro provechosísimo de consulta para cuantos aspiren al conocimiento de este rico y difícil idioma y al título de hablantes. En él hallarán los que se dedican a escribir, una minuta de esos galicismos y barbarismos que hoy brotan en la literatura como la maleza en las sementeras mal cultivadas. Sin ser tan escrupuloso como Baralt en su *Diccionario de galicismos*, comprende en su conedación gran número de voces y de giros modernos bastardos, que no se encuentran en obras gramaticales ya anticuadas. Las doctas y extendidas *Apuntaciones*, de Cuervo, que son autoridad en la materia, le han servido de base y de recurso al señor Toro Gisbert para formar su catálogo de palabras incorrectas y neológicas.

El escritor que busque el aticismo y la pureza de la frase, debe empezar por saturarse de este género de estudios, leyéndolos sin descanso, hasta que permanezcan en la memoria, para tener presentes sus indicaciones. Pero saber de corrido la lista de los vocablos que no deben emplearse, no es suficiente para conseguir un estilo atildado y castizo, sino que semejante habilidad ha de acompañarse de ese ejercicio necesario, que consiste en el análisis minucioso de los escritos, obra de estudio y de constancia, sin la cual no se adquiere la práctica de enmendar los originales y las pruebas de imprenta.

Para evitarles trabajo a los tipógrafos, el que redacta debe esmerarse en perfeccionar sus borradores de manera que, haciéndolos y rehaciéndolos varias veces, resulte algo que se aproxime a la forma definitiva. Cuentan que Balzac era incapaz de corregir sus manuscritos, y que reservaba esta indispensable tarea para las pruebas de imprenta, retociéndolas hasta quince ocasiones y convirtiéndolas en jeroglíficos, que acababan con la paciencia de los cajistas.

Hemos visto en artículos anteriores sobre el arte de escribir, que lo primero que debe evitar todo escritor correcto y galano es el empleo de los lugares comunes y de los clisés de estilo, que tanto sofocaban a Flaubert. Albalat en su *Art d'écrire*, expone como muestra y advertencia un catálogo de trivialidades, que un advertido crítico, Georges Pellissier, encuentra exagerado. «Lo que constituye el clisé—dice en su artículo *Les clichés de style*—es la expresión. Así es que ciertas expresiones exactas y propias, por comunes y usadas que fueren, no serán triviales en ningún caso». Y en seguida recuerda aquel personaje de la Bruyère que no se atrevía a decir: *Llueve (il pleut)*, por miedo de soltar una vulgaridad. Las preciosas ridículas que nos pinta Molière hubieran dicho en este apuro: «El cielo ha abierto su regadera, o algo por el estilo.

Sucedé a veces que, por huir de un escollo, se cae en otro, generalmente en el opuesto. Por esqui-

var lo vulgar, damos de lleno en lo retorcido y alambicado. «Lo más sublime, lo más bello, suele ser lo más natural y lo más sencillo», dice con toda razón Valera. El secreto está en conseguir esa sencillez delicada y de buen gusto, que no linda con lugares comunes ni con frases hechas. El estilo de Anatole France, por ejemplo, es natural y sin artificios, y sin embargo, se distingue por su propiedad y por su gracia exquisita. Lo mismo puede decirse de los clásicos griegos, de las *Provinciales* de Pascal, de la *Correspondencia* de Voltaire, de los folletos políticos de Courrier y de la prosa de don Juan Valera.

El malogrado escritor Emile Hennequin, en su corta y recomendable obra, trae ejemplos de estudios de la que él llama «crítica científica», que es el mismo análisis que encarece Albalat. Especialmente las páginas que dedica a Gustavo Flaubert en su libro *Quelques écrivains français*, son modelo del género. Es un trabajo de disección, comparable en el procedimiento y en los resultados a un curso de anatomía o de química orgánica.

Los autores más escrupulosos han sido siempre los más atormentados, y la razón es evidente. De tanto leer sus originales, acaban por hallarlos prosaicos y duros al oído. Pocas páginas literarias resisten una lectura continua, porque como dijo un poeta cuyo nombre no asoma a nuestra memoria:

«La misma nota al fin resuena ingrata»....

El remedio sería guardar esos originales y releerlos de tiempo en tiempo, depurándolos en cada lectura, sin que la repetición fatigue, ni las primeras impresiones, favorables a la idea creadora, nos cieguen y ofusquen.

Albalat se limita a copiar de los manuscritos la serie de redacciones que empleaba Flaubert, antes de llegar al texto definitivo. Ordinariamente, esta serie alcanza a diez maneras, y muchas veces entre la primera y la última existe marcada diferencia, siempre en beneficio del estilo, que iba ganando en elegancia y concisión, al ser purificado de cacofonías, de repeticiones, de superfluidades y esos adjetivos que traicionadamente llevan a la trivialidad y al amaneramiento. Traducir al castellano este proceso literario, esta serie de enmiendas y de retoques, resultaría fácil tarea y aún tan provechoso como en el idioma original. Pero preferimos ensayar el sistema para que sirva de ejemplo y modelo, tomando por base escritos de literatos españoles, de entre los más conocidos y afamados, y aplicando el procedimiento del análisis a páginas impresas, que sus autores juzgaron definitivas, cuando aún pudieron limpiarlas y perfeccionarlas notablemente.

Y es de advertir aquí, a modo de paréntesis, que los modernos escritores de España se distinguen por su negligencia del estilo, debido tal vez a la pereza, a la falta de estudios clásicos y a la incultura de un público que zampa lo que le sirven, sin distinguir lo delicado de lo indigesto. Por eso la actual generación literaria de lengua española no cuenta entre sus estilistas un Goncourt, un Goncharoff, un Flaubert, un Oscar Wilde, ni un D'Annunzio.

Para empezar, tomemos al maestro Pereda, el castizo pintor de las playas y montañas de Santander. Hojeando su novela de costumbres madrileñas, *La Montañés*, detengámonos en la página 227 y leamos: «Estuvo en el *fregado* del 66 la cuartelada de San Gil con el *honrado* intento de ganarse el ter-

cer *entorchado* y la *cartera* de Guerra por de *contado*, detrás de la cortina, como siempre, y *fuera* de su casa y bien *disfrazado*.....Subrayamos nosotros, para hacer notar en tan pocas líneas *fregado*, *honrado*, *entorchado*, *contado*, *disfrazado*, *cartera* y *fuera*.....Cinco ados y dos *eras*. Un trozo del Diccionario de la rima.....Todo lo cual podía sortearse diciendo, por ejemplo: «Estuvo en el *carredo* del 66, en la cuartelada de San Gil, con la *recta* intención de ganarse el tercer entorchado y la *cartera* de Guerra *inmediatamente*, detrás de la cortina, como siempre, *lejos* de su casa y protegido por *disfraces*».....

Sigamos ahora hasta la página 238, en donde dice: «*Mirar* por la hacienda de vez en cuando, *sondar* sus llagas y hasta ver por donde se le puede *hincar* el diente, sin producir otras nuevas ni *encunar*: las antiguas».....Tenemos en tres líneas *mirar*, *sondar*, *hincar* y *encunar*, que se evitarían diciendo: «*Ver* por la hacienda de *cuando* en cuando, *sondar* sus llagas y hasta *hincarle* el diente sin producir otras nuevas y sin que se *enconasen* las antiguas».....De estos desaliños, que pueden corregirse con facilidad, se encuentran a cada paso en la obra. Pero pasemos a otro autor.

Don Jacinto Benavente es un literato de toda cuenta, y con justicia le llaman en España el «Príncipe de los dramaturgos». La práctica del diálogo y su cultísimo ingenio, le han comunicado a su prosa una sobriedad y precisión muy encomiables. Sus *Cartas de mujeres* y sus crónicas de *Sobremesa* figuran entre los mejores modelos de estilo. En la *Colección de páginas selectas de literatura castellana*, que publican en Madrid Juberá Hermanos, hay dos tomos dedicados a *Las mejores páginas* de don Jacinto, al lado de las mejores de Cervantes, de Quevedo y de Campoamor. El primero de esos tomos empieza por un artículo titulado *Leyes santuarías*. Quiso decir *santuarias* el autor, refiriéndose a esas leyes romanas que tenían por objeto poner tasa y medida en los gastos, y dice así:

«El Cardenal Gobernador de Roma había cumplido los ochenta años. Eran, pues, inútiles todos los recursos de las damas romanas para derogar las últimas inexorables ordenanzas *poniendo coto* al lujo bajo penas severas. Del Pontífice tampoco *podía* esperar favor, porque sólo se preocupaba, anciano también y achacoso, de ganarse a punto de austeridad unas páginas en el año cristiano. Del resto de los Cardenales que componían el Sacro Colegio, *podían* contar con muy pocos; los más jóvenes y de aristocrático linaje, se *inhibían* remilgadamente de *entender* en asuntos femeniles. Las libreas de sus pajes, lindos Ganimedes, eran costosas y de refinado gusto; pero respecto a las damas, *qué entendían* ellos?»

Si Benavente hubiera castigado este párrafo como lo merece, habría podido quedar así, *verbigratia*: «El Cardenal Gobernador de Roma había cumplido los ochenta años. Eran, pues, inútiles todos los recursos de las damas romanas para que *se derogasen* las últimas ordenanzas que *ponían coto* al lujo bajo penas severas. Del Pontífice tampoco *había* que esperar favor, pues, anciano también y achacoso, tan sólo se preocupaba de ganarse, a fuerza de austeridades, un *lugar* en el Año Cristiano. Del resto de los Cardenales que formaban el Sacro Colegio, *apenas podía* contarse con unos pocos; los

más jóvenes y de aristocrático linaje *se desentendían* remilgadamente de los asuntos femeninos. Las libreas de sus pajes, lindos Ganímedes, eran costosas y de refinado gusto; pero respecto de las damas, ¿qué *sabían* ellos?»

Explicaremos el por qué de estos cambios. «Ordenanzas *poniendo* coto al lujo».....Este *poniendo* es un gerundio galicado, que emplean con frecuencia los comisionistas franceses en sus facturas: «Cuatro cajas conteniendo», «un fardo pesando», etc. Blasco Ibáñez lo usa a cada triquitraque, pero esta no es una razón para admitirlo en nuestra lengua, que lo vomita. El primer *pod'a* debe referirse a las damas romanas. Diremos entonces: *podían*, aunque a poco andar encontramos la misma palabra. *Inhibirse de entender* es una redundancia dura y fea, porque inhibir, que es término forense, significa impedir a un juez que siga entendiendo en una causa. Además, tenemos muy cerca un «¿Qué *entendían* ellos?»

No se tome a presunción de nuestra parte que nos metamos en estas correcciones, ni a falta de respeto que tratemos de emendarles la plana a escritores a quienes admiramos y leemos con frecuencia, en calidad de maestros. Lo que hizo Clemencín con Cervantes, bien podemos hacerlo con Pereda y don Jacinto. Precisamente por el sitio tan elevado y honroso que ocupan en las letras españolas, los hemos elegido como ejemplo, para demostrar la necesidad de un escrupuloso análisis literario y para encarecer el cuidado de la forma, que es como el atavío de las ideas que realiza la belleza, y como la envoltura que guarda, dentro de los límites del tiempo, las grandes obras dignas de la inmortalidad.

«Por su estilo viven las letras humanas—dice Chateaubriand—Y por más que se diga contra esta aseveración, todo escrito, aunque esté lleno de sabias reflexiones, nace muerto, si le falta un estilo puro».

Y si es verdad, como afirmaba Guy de Maupassant, que las palabras tienen alma, en hallar esas almas y fijarlas en el papel consiste la virtud de los grandes ingenios.

Bernardo VELEZ

LA ENCINA

Desde pequeño fui triste y compasivo. Tenía grandes intimidades en la selva. Yo solo quería el bien, la risa, la dilatación saludable de las fibras y de las almas. El orbayo en que la noche me bañaba, transmitíalo a unas pobres violetas que vivían por debajo de nosotros; dulces muchachitas luctuosas, melancolías condensadas y vivas de la gran alma silenciosa de la vegetación. Acariciaba a todos los pájaros en la víspera de los temporales. Era yo quien aislaba la lluvia. Ella venía con los cabellos desmenados, perseguida, mordida, azotada por el viento.... Yo abría los ramajes y las hojas y escondíala allí en el calor de la savia. El viento pasaba, confuso e imbécil. Entonces la pobre lluvia, que lo veía lejos, silbando lascivo, dejábase escurrir silenciosamente, por el tronco, gota a gota, para que el viento no la sintiese; y luego iba a rastras, entre la hierba, a recogerse en la vasta Madre Agua.... Por esa época tuve una amistad con un ruiñeñor que venía a con-

versar conmigo durante las largas horas consteladas del silencio. ¡El pobre ruiñeñor tenía una pena de amor....! Había vivido en un país distante, donde los noviazgos tienen más blandas perezas; allí se había enamorado; conmigo lloraba en suspiros líricos. Y tan mística pena era, que me dijeron que el triste, de dolor y de desesperanza, se había dejado caer en el agua. ¡Pobre ruiñeñor!.... ¡Nadie tan amante, tan viudo y tan casto!....

Eça de QUEIROZ

DEL CUERPO MEDICO



DR. EMILIO QUEVEDO

LOS CUENTOS DE "SABADO"

SANSON MONTAÑES

Fulgía el cielo como una copa de oro en la gloria de un medio día radioso. A lo lejos se divisaban montañas y montañas, las más próximas de tonos verdes intensos y las más remotas de un azul oscuro primero, que, poco a poco, se iba aclarando hasta casi confundirse con el zafiro de los cielos en las lejanías vaporosas del horizonte. El aire cálido como vaho de fragua, reverberaba en su infinita transparencia, produciendo mortificación en los ojos por el exceso de luz. Allá abajo el río inmenso y tranquilo corría entre yerbales y bajo el ramaje de suribios y ceibas, que en vano trataban de empañar con la sombra de sus ramas el cabrilleo deslumbrador de las aguas.

Descendían la cuesta los cuatro jinetes y Colorado, un mozo de a pie, que les servía de espolique. Iban para una de las haciendas del Cauca. Ya no charlaban como en las primeras horas de la mañana al iniciar el viaje. El calor, el cansancio y el anhelo de un almuerzo tonificante les traían a mal traer, silenciosos, enfurruñados, con ansias de sombra dónde refrescarse y dar descanso a los cuerpos y hasta a las cabalgaduras, que bañadas en sudor habían perdido los bríos como los años.

—Maldita loma tan larga, dijo uno de los caballeros, dando un resoplido, en tanto que rayaba los jares de la mula con las espuelas.

—No se apure, mi blanco, que ya llegamos al plan, exclamó Colorado. Allí no más está la posada de ño Juaquincito, onde se encuentra de todo, hasta muchachas.....

Colorado era un mozo alto y fornido, de unos treinta años; gallardo ejemplar del cruce de razas, donde se advertían las facciones finas y hermosas del blanco, oscurecidas por el pigmento oscuro del mulato. Sus ojos negros, cuando miraban, parecía que desafiaban por lo brillantes y francos; su boca grande, al reír dejaba al descubierto una dentadura bella y fuerte, de esas que evocan la potencia de los carniceros; el pantalón remangado por debajo de la rodilla mostraba la pantorrilla maciza, donde al caminar se dibujaba la vigorosa crispatura de músculos indomables. Por sobre la camisa de tela recia llevaba una especie de mandu, que en jerga de arriería se denomina *chango*; el guarniel de nutria iba terciado al lado izquierdo, un poco hacia atrás, lo mismo que el machete, ancha y larga hoja alemana, que pendía de la cintura en pintada vaina de cuero; tocáballo el sombrero de iraca con el ala ligeramente levantada por delante, para dejar al descubierto la cara expresiva y truhanesca. Probablemente la vida solitaria de los caminos lo había tornado silencioso y un tanto retraído, pero cuando hablaba, ya roto el primer brote de desconfianza, lo hacía con gracia, prodigando el símil espontáneo y gráfico, que denota rápida comprensión, con sus ribetes de ironía, de las cosas y de los hombres.

Comprimiendo el machete contra la pierna y afinándose el sombrero echó a correr loma abajo, gritando para dar ánimo a los compañeros:

—Avispen esas mulas, mis blancos, que ya llegamos.

Y las mulas, bajo el acicate, emprendieron un trote largo, hasta detenerse frente a la posada, y ño Juaquincito. Echaron pie a tierra los jinetes de con mucho rastrillar de espuelas sobre el empedrado, fueron a parar al ventorrillo, que hacía parte de la casa y que no estaba defendido como esta por una baranda de madera pintada de rojo.

—Adiós, patrón ¿qué nos tiene? gritó alguien.

—Creí que no llegábamos, exclamó Carlos Ordóñez, arrellenándose sobre unos tercios de maíz que fué del mostrador había, en tanto que se abanicaba con el sombrero el rostro congestionado.

—Y es chiquito el que me voy a tomar, dijo Pepe Martínez, al mismo tiempo que con la porra del látigo golpeaba las tablas llamando, pues en la tienda no estaba el ventero.

—Lo que es aquí un trago ni aun se siente el calor que está haciendo, apuntó Ernesto Palacio.

—Mejor, así se evapora más ligero y se abre campo para el otro, replicó Martínez.

—Eso sí, a ti como te den tragar.....

—Claro: «dádme hoy vino y mujeres que mañana vendrán el agua de soda y los consejos.»

—Y tú sigues con tu calladera? preguntó Ordóñez, dirigiéndose a Juan López, que recostado a la puerta no despejaba los labios y tenía la mirada ida de este mundo, vagando en las brumas de un recordado pensamiento. Te tiene tirado la Maruchita.

—Eso se quisiera ella..... murmuró el interrogado con gesto que pretendía ser displicente.

—No charlen ahora con novias..... ¡Que nos sirvan un doble!, gritó Martínez. El amor no pelecha con esta temperatura.

Apareció ño Juaquincito por la puerta que comunicaba con el interior de la casa:

—Buenes días, señores. Ustedes perdonen la demora. Estaba en el ordeñadero curando la vaca frisola, que está con gusanos.

Era un hombrecillo viejo y cano, con el bigote recortado como un cepillo de dientes, con la cara huesosa y morena, y un poco cargado de espaldas. Desde el primer momento se notaba cierta servicialidad tímida en todos sus movimientos y ahora parecía presa de una invencible inquietud que no alcanzaba a disimular.

—A ver, señores, qué desean, dijo acercándose al mostrador. Y les suplico que digan ligero..... Ustedes perdonen.

—Eh! patrón, y qué es el afán?, interrogó Martínez molesto.

—No me culpen, es que quiero evitarles una molestia. Quiero despacharlos prontico pa que sigan su camino. No me culpen.

Y en su rostro y en su actitud había toda la angustia de quien presente una gran desgracia.

—Nos asusta usted, maestro, dijo Palacio. ¿Qué le pasa? Explíquese. Nosotros hemos venido a almorzar tranquilamente.

—No, ni riesgo de darles almuerzo. Imposible! Quiero evitarles un mal rato. Tómense el trago y márchense, por Dios.

—Pero, hombre, diga qué pasa y mientras tanto vaya sirviéndonos.

—Dobles? inquirió el viejo dirigiéndose al puesto de las copas, todo tembloroso.

—Claro! triple me la tomara yo si me cupiera en la boca, exclamó Martínez. Con la gana que tengo hasta daño me va hacer.

—Pero ¿qué es la cosa, mi viejo? preguntó de nuevo Palacio.

—La cosa es que estoy embromao por completo, murmuró Juaquincito a media voz, atisbando con desconfianza a la puerta de fuera, en tanto que limpiaba vasos y copas con un trapo no muy limpio. Figúrense ustedes que por aquí anda el Lempo, que es el tipo más peliador y busca-ruido de esta tierra, y que tiene hasta la desventaja de ser un demonio..... Parece ayudao. No respeta ni a Dios ni al diablo, y pa la pelea no hay quien le gane. Cuando se calienta y saca el machete..... ¡Mi Señora del Carmen! Y lo pior es que vive buscándole camorra a todo el mundo. Basta decirle que me ha perjudicao mucho en mi negocio, porque ya naide se atreve arriar de miedo de encontrarse con él. Con el único que no se mete es conmigo, pero me ha ahuyentao la clientela. Yo tengo hasta ganas de dejar esto y largame.

—Pero, por qué no se queja a la autoridad? inquirió Ordóñez.

—La autoridad!..... Si esa le tiene más miedo que el diablo a la cruz.

—Pero, hombre, es increíble que un bestia de esos les meta los terrones a tanto machetero como hay por aquí, apuntó Martínez.

—Pues así verá, usted señor, concluyó ño Juaquincito vaciando el aguardiente con pulso trémulo en las copas enfiladas sobre el mostrador.

—Buenos días, caba!leros, murmuró una voz ronca en la puerta de entrada.

Todos se volvieron. Juaquincito cambió su color natural por un pálido terroso y dió asilo en su rostro a la más pávda y servil de las sonrisas. A duras penas alcanzó a colocar la botella en su puesto:

—Buenos días, Lempo. Prosiga.

—¿Qué hay por aquí? dijo el temible sentándose en los tercios que acababa de dejar Ordóñez.

—Pues por aquí nada..... Ya lo ve.... Lo estaba extrañando. Ya me hace falta cuando no viene.

El Lempo se sonrió con aire de suficiencia.

Azaroso tipo sin duda; un verdadero hombrazo, de plantaje desafiador y dominante. Daba la sensación de la fuerza bruta en toda su pujanza. Usaba la vestimenta clásica del arriero y al cinto llevaba la agresiva hoja, formidable *guaransa*, que tantos lauros habíale conquistado entre las gentes sencillas y dádole el renombre de guapo en todo el contorno. En su rostro moreno, de gesto insolente, chocaba el detalle un poco femenino, de un largo bucle negro, muy retorcido y cuidado, que por debajo del sombrero echado atrás, descendía por la frente casi hasta tocar el comienzo de la nariz.

Colorado, que había permanecido silencioso en un extremo del mostrador miraba con ojos investigadores al recién llegado. Por unos minutos nadie dijo una palabra. Alentaba en el ambiente una atmósfera de temor y desconfianza.

Al fin Martínez, con la copa en la mano, dirigióse al Lempo:

—Nos acompaña el señor?

—Será, dijo éste después de un momento de vacilación, poniéndose en pie con negligencia de felino. Juaquincito, solícito, se apresuró a servirle.

—Salud! y las copas fueron apuradas.

Gestos, paladeos, escupas y leves rugidos de satisfacción. Después alguien que brinda cigarrillos y otro que paga.

El Lempo no aceptó cigarrillo: no le gustaban esos papiletos de mujer. De su amplio guarniel sacó un tabaco prócer como su estatura y después de encenderlo y lanzar por un ángulo de la boca una saliva estrepitosa en la caída como una moneda de cincuenta centavos, se encará con los viajeros:

—Bueno, mis blancos, ahora me acetan el otro. A yo no me gusta debele favores a naide.

—No, imposible. Acabando de tomar..... Le agradecemos mucho; otro día.....

El alma de ño Juaquincito, serenada a medias por unos instantes, volvió a zozobrar en angustias.

—Es con gusto, insistió el Lempo, y luego dirigiéndose al amedrntado ventero, le ordenó con voz autoritaria que sirviera de nuevo unos «dobles».

—Tienen qué tomar, agregó.

Martínez y Juan López, un poco pálidos, se atrevieron a protestar timidamente. Ernesto Palacio, con disimulo, trató de ganar la puerta, pero el Lempo advirtiéndole las intenciones, le cortó la retirada con un sonreír de provocación. Colorado, en su rincón, permanecía sin moverse, como hipnotizado. Ordóñez, con entereza, dijo:

—Yo no bebo. Mil gracias.

—Tiene que beber, mi don. Lo quiero yo, apuntó el invitador en fórmula inapelable.

Juaquincito, queriendo evitar a todo trance cualquier pendencia, había llenado las copas, que en el mostrador brillaban coronadas de algunas burbujas. Sentíase en el aire el escalofrío de la tragedia.

—No bebo, señor, he dicho, y yo hago siempre mi voluntad.

—Bebe, mi blanco, y los otros también. Se lo prometo.

Y el Lempo se aproximó al mostrador para coger una de las copas llenas.

Era un instante de esos indefinibles como hay pocos en la vida. Podía oírse hasta el palpar de los corazones. La mirada de Ordóñez era quieta y penetrante como la punta de un puñal. De repente Colorado se movió con calma, interponiéndose entre los dos hombres, y enfrentándose con el Lempo le dijo en tono apacible:

—Vea, compañero, no se ofusque. Nosotros sí nos tomamos el trago, pero, eso sí, con la condición de que nos regale ese crespo..... Ése es mucho primor pa usted sólo, compadrito, y yo lo necesito pa juntalo con un cachumbo que tengo de una novia.

El Lempo quedóse petrificado, con el brazo tendido hacia la copa. No da crédito a lo que ha oído; la sangre en onda golpeadora le zumba en el cráneo. Parece imposible que exista un nacido de mujer capaz de hablarle en ese tono. Insultos, golpes y heridas ha recibido, pero burlas..... Siente un frío a lo largo de la columna vertebral propagándose por el pecho y apretándole el corazón, que se sacude fuerte dos o tres veces; la vista se le nubla y en un momento cree que se va al suelo. ¿Pero es que si hay alguien capaz de habérselas con él? Tiene que ser un caliente. Va a hablar y las palabras mueren

en la garganta sin pronunciarlas.

Colorado insiste:

—¿Qué opina del trato? Yo lo que es sin ese crespo no me quedo. ¡Un demonio! Figúrense, perder semejante tiro.....No, ni por todos los diablos. De que me lo llevo, me lo llevo. No hay diotra.

Y con rapidez increíble, sin dar lugar a movimiento alguno de los presentes, saca el machete y agarrando con la mano izquierda el bucle de la frente del guapo, lo corta, con toda naturalidad.

El Lempo, ya rehecho, trata de defenderse poniendo mano en el arma, pero antes de que tal haga, el machete de Colorado, vibrando en el aire como una zafeta, lo golpea de plano en el cuello junto a la oreja y aquel va a dar con toda su corpulencia, de largo a largo, junto a los tercios de maíz.

—Se maltrató, compadrito? es la pregunta de Colorado, quien con cara sonreída, el ademán abierto, y la hoja lista, aguarda el ataque. Bien pueda pasarse pa volvelo acostar.

El golpeado se incorpora como puede, entontecido, y arrojando por la boca espuma sanguinolenta y un sonoro «hijo de perra», requiere el arma y se va sobre el contrario, quien con maestría esquivó el machetazo que de fello se le viene, devolviéndolo con un cintarazo en pleno cráneo, tan cierto como el primero.

El Lempo, esta vez, se desploma como muerto, sin un alarido, sin un gesto, y allí, sobre el suelo del ventorrillo, queda roncando con la conciencia ausente y los ojos entreabiertos mostrando lo blanco.

Acércaese Colorado y, después de removerlo con el pie y convencerse de que solo está aporreado, vuélvese al ventero y le dice con inflexión cariñosa:

—Vea, no Juaquincito, échele unos buches de aguardiente en la cabeza pa que dispierte y póngale paños de árnica o de agusal caliente. Es lo mejor.

Luego, dirigiéndose a los patrones en tanto que envaina el arma, agrega:

—Ahora sí creo, mis blancos, que nos debemos tomar el trago. Está haciendo un calor....

*
*
*

A los ocho días cabales y ya de regreso, pararon los cuatro jinetes y Colorado en la venta del episodio. Allí estaba ño Juaquincito, sentado a la puerta, tejiendo una atarraya, que era su ocupación favorita cuando no había parroquianos. En cuanto los vió su rostro irradió de felicidad y dejando a un lado la labor, púsose en pie con grandes ademanes de festejo. El buen viejo estaba remozado y sus ojillos, tristes antes, rebrillaban picarecosos como ocultando un grato pensamiento que quisiera por ellos escaparse.

—A ver, los niños, desmonten, decía a grandes voces. Caminen a tomar algo. Tenía unas ganas de verlos.....

—A tomar algo venimos, patrón. No se apure, exclama Martínez echando pie a tierra.

—Y vos, hombreé.... ¿Qué hay de tu vida? pregunta el viejo a Colorado, poniéndole la mano en el hombro y con acento en las palabras que trasciende a una ruda caricia.

—Ahí no vamos, ño Juaquincito, responde el aludido con sorna.

—Bueno, y qué ocurre por estos mundos, interroga Ordóñez, penetrando en la tienda. ¿Qué hubo del violento del otro día?

—Pues es nada lo del ojo, dice el ventero con guiños de inteligencia que acaban por ser ingeniosos. Yo no sé como pagarles el favor que me han hecho, sobre todo a este enemigo malo—y da en el hombro a Colorado una palmada, en tanto que su cara se torna en una pura sonrisa de pergamino.—Figúrense que desde la cosa de hace ocho días, el Lempo es un ovejito de mi Dios. Ya no se mete con naide y casi ni an habla. Por ahí se mantiene triston, cabecagacho y como atontao. Yo al principio creí que era de la pura juria, pero después me he convencido que es que está mansito, mansito..... Hasta me ha dicho que piensa enmendarse. Aquí viene y me ayuda en mis oficios sin buscalo ruido a naide y sin decir una palabra.... A ratos pienso que con la quitada del crespo se le acabó la juertza, como a aquél gigante de la historia sagrada..... ¡A vos, Colorado, pa fregar!

Original para "SABADO"

Alfonso CASTRO

EL MATCH UNIVERSAL DE BOXEO

Los Campeones de boxeo, Carpentier de Europa y Dempsey de Norte América, quienes se encontraron en el «Ring» de New-Yersey City el día 2 de Julio, sábado, a las tres y treinta y ocho minutos, causando una extraordinaria sensación en el público deportista y ante una concurrencia de poco menos 100.000 espectadores. Sábese ya que en el cuarto «round» Dempsey echó a tierra a Carpentier quien no pudo levantarse en el término de los diez segundos reglamentarios, y que esto decidió el triunfo del norteamericano haciéndolo acreedor a la cantidad de 350.000 dólares, mientras que el francés Carpentier



GEORGES CARPENTIER



JACK DEMPSEY

obtenía por haber sido vendido solo unos 150.000. Diez trasatlánticos llenos de turistas europeos llegaron a New-York con el sólo motivo de asistir a la fiesta. Las entradas al campo de boxeo produjeron más de un millón de dólares.

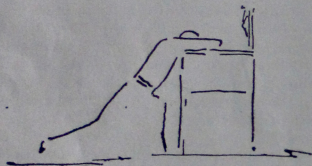
Los diarios de Paris comentan largamente la derrota infligida por el campeón norteamericano al campeón francés. Uno de ellos «Le Gaulois» dice que la derrota de Carpentier no debe ser considerada como una desgracia para Francia, pues la nación tiene muchas glorias antiguas y nuevas para que llegue a afectar la en su honor nacional un puñetazo a un francés.

CRONICA DE TEATRO

Esto de revistar teatro es cosa bien difícil; la personal opinión quiere siempre privar sobre la opinión Pública, y por esto, el revistador, quien se juzga con conocimientos técnicos suficientes para penetrar en el alma del actor asume una posición pedagógica, no sólo para con el público sino también para con el artista. ¿Estará bien el crítico de teatro prescindiendo por completo de la opinión general que el público le revele?—Creo que no, y agregó, que para librarse del prejuicio y obrar independientemente de sus simpatías, debe, bien sea en poco, consultar la opinión del Respetable.

Seré breve en mis reseñas, ya que el espacio de que dispongo me limita a conceptos generales y de ello me alegro, pues; no quiero penetrar en el estudio de detalles, tarea que me sería difícil y enojosa.

Sábado 2: El Místico.—No fue esta obra un triunfo sonoro para la compañía en su debut, pero sí de una conquista decisiva y serena de este público, sobre el que flota el espectro del «Místico» de Esteban Serrador. El mero hecho de hacerle olvidar en aque-



Sr. Gobelay en el tercer acto de «El Místico»

llos momentos el recuerdo del trágico admirable es un triunfo completo, una conquista que culminó con el final, donde el señor Gobelay, en el momento definitivo, se nos reveló como un verdadero artista trágico de una realidad incomparable. Quien no lo vio en el primer acto, sereno, propio, sencillo, tímido poeta, iniciar el calvario de Mosén Cinto, no tiene razón para juzgar de los momentos que preceden, y que el artista de tan fiel manera encarna.

Aparte del trabajo del señor Gobelay no encontré otra cosa que anotar, pues la mediana importancia de los otros papeles disminuye y se pierde ante la gran sombra dolorosa...

Domingo 3: La Mujer X.—Es lástima no tener otra obra, para poder juzgar del trabajo de la señora Fábregas. En esta resulta en contrasuya el fastidio que obras de esta especie producen en el espectador, y no es injusto que las sombras de este fastidio se proyecten sobre el artista. Prescindimos de comentar la absurda comedia dramática para oofensar que la señora Fábregas interpretó su papel con verdadera conciencia artística, mostrándonos, que ella también, como el señor Gobelay, podrá proporcionarnos momentos de profunda emoción. Quien sa-

có avance su papel en tan fastidiosa comedia tiene ya vencidas todas las dificultades.

Anotamos en seguida el trabajo de los señores Gobelay y Rodríguez. El señor Gobelay en el papel de Perisard estuvo feliz, conservando su serenidad y tino escénico; otro hubiera exagerado este personaje, tan propio para sacar un buen partido del público.



Sra. Fábregas en el segundo acto de «La Mujer X»

El señor Rodríguez, con una caracterización encantadora supo hacer agradable el rato al público, con un Merivel delicioso, cuya inteligente y simpática exageración le aplaudimos.

Martes 4: Cobardías.—Cómo celebro poder cerrar esta primera serie de notas con un sincero y efusivo aplauso a la simpática compañía Gobelay-Fábregas por el admirable y positivo trabajo que en esta noche llevó a cabo.

La obra de Linares Rivas es demasiado fuerte y grande para que el revistador pretenda siquiera comentarla; cada uno de los espectadores, estoy seguro, la lleva bien grabada, y ya se cuidará en sus treguas de repasar los conceptos que la enriquecen.

La Señora Fábregas, de una manera propia y correcta encarnó la Cecilia, dejando en el público la impresión de que su trabajo vale mucho y de que es en el teatro moderno donde está la esfera de su triunfo.

El señor Gobelay que es ya dueño del Público nos mostró en el desempeño de Figueredo que puede el artista hacer vivir al personaje acomodándose a su psicología, obrando de esta manera el milagro de la dualidad, ese secreto reservado sólo a los actores de genio, y por el que se lleva a cabo la obra de atracción, esa obra que decide siempre del éxito.

Anoto la actuación del señor Alonso como un completo desempeño de actor disciplinado que sabe sacar del público un partido difícil: la simpatía incondicional.

En resumen, la representación de «Cobardías» Satisfizo plenamente, y los aplausos que en ella ganó la compañía fueron más que merecidos. Difícil es encontrar una obra en que con más amor, conciencia y arte trabajen todos los artistas.



Señor Gobelay en el primer acto de «Cobardías».

LOS NIÑOS



FANNY VASQUEZ RENDON

NUESTROS INTERIORES

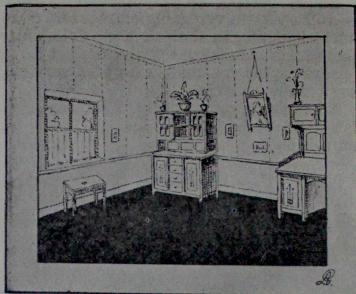
Ser dueño o habitante de una casa con fachada hermosa, de puras líneas arquitectónicas y bien ordenadas, es ciertamente agradable. Ello denota el buen gusto del constructor al mismo tiempo que halaga la vanidad del propietario o del inquilino.

Pero no vivimos en la calle. Apenas nos paseamos cuando nos sobra el tiempo, cuando vamos a nuestros negocios; y si la vista se regala contemplando casas interesantes, ricas por los materiales empleados en su construcción, imponentes por sus dimensiones o sencillamente bellas, no es menos cierto que en el interior del «home» es donde la esposa corre gran parte de su vida, y donde el dueño de la casa llega a descansar después de sus jornadas de trabajo.

¿No es, pues, natural que dediquemos todos nuestros cuidados a ese interior? Y cuando digo «dediquemos» me dirijo tanto al arquitecto que construye, como al habitante a quien corresponde decorar y amoblar.

Veamos las principales normas que se deben seguir para el arreglo de nuestras habitaciones.

La casa española, por su disposición, se presta admirablemente y sin grande esfuerzo a una decoración alegre y sonriente. ¿Habrà algo más agradable, en efecto, que el patio de nuestras viviendas? Que ese patio sea pequeño o grande, siempre encontramos en él un poco de la naturaleza, la gran inspiradora de todo lo bello, cuya enseñanza es siempre inteligente, y que varía según las estaciones con beneplácito de nuestros ojos y de nuestro espíritu.



La naturaleza es, pues, un buen guía. Bien lo sabían nuestros antepasados cuando exclamaban: *Naturam si sequemur ducem nunquam aberrabimus.* quien se inspira en la naturaleza nunca se equivoca.

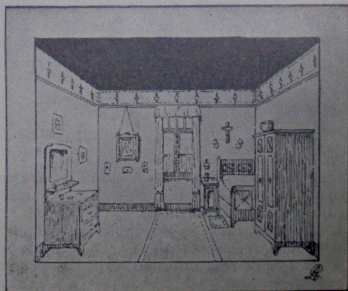
He aquí que debemos seguir ese guía. Tenemos la naturaleza en nuestros jardines y en nuestros patios; vamos a seguir sus enseñanzas en nuestras habitaciones interiores.

El gran Arquitecto de la naturaleza, el sublime Creador, va a darnos una lección de la cual haremos lo posible para sacar provecho.

¿Qué vemos en un valle alegre y pintoresco? Lo primero que llama nuestra atención es la verdura de los prados, el cálido color moreno de la tierra recientemente arada; luego el verde de los árboles y de los arbustos, por la variación de sus tonalidades interrumpidas aquí y allá por el fondo oscuro de los campos y de los caminos, produce sobre nosotros las más delicadas sensaciones. El cielo azul se abriollanta, gracias a los vivos rayos del sol. Y a pesar del calor hay una brisa ligera que calma los ardores del astro del día.

Contemplando este paisaje sentimos que cada cosa está en su puesto, y que si el cielo fuera color de tierra y si ésta fuera azul, nuestro sentimiento nos diría que hay error.

El primero de nuestros grabados nos muestra en tono crudo, negro, gris, blanco, la manera como pensamos aplicar el sentimiento de la naturaleza. El segundo nos mostrará el error que cometeríamos apartándonos de ella.



Empecemos por el piso, que será oscuro—no negro—, rojizo y hasta verde; el cielo raso será claro como un cielo puro, con el objeto, tanto de iluminar las sombras demasiado fuertes producidas por los rayos que pasan por las ventanas, como para servir de reflector a la luz artificial.

No empleemos, pues, los cielos rasos de madera, tan decorativos, sin darles una policromía menos sombría, menos aplastante.

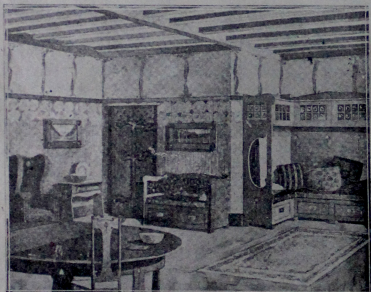


¿Y qué pondremos en los muros? Una tonalidad suave, color o papel pintado, pero suprimiendo el azul oscuro que absorbe la luz, el rojo vivo y el amarillo que fatigan la vista; un color neutro hará resaltar los muebles, los «bibelots» y los cuadros.

No obstruyamos nuestros espacios libres con colgaduras de terciopelo de pliegues recogidos, con cortinas que no tienen mas objeto que recoger polvo y servir de nido a los microbios.

—Pero, me diréis, las cortinas son necesarias para las puertas y ventanas.

—Sí, lo concedo, pero hay lindas cretonas con encantadores dibujos donde están bien estilizados la flora y la fauna. He aquí con qué reemplazar el ter-



ciopelo, el paño, el tul, que son pesados, costosos, poco prácticos y antiestéticos. No dejemos puesto en los ángulos para que las arañas tejan su tela.

Ahora, procedamos a amoblar. Poco importa el estilo de nuestros muebles con tal que sean prácticos, sólidos y poco aparatosos: necesitamos mesas, sillas, repisas, estatuas, «bibelots», pero sepamos decirnos: el exceso en todo es un defecto.

Busquemos en el arreglo efectos de luz y de sombra; finalmente, que quede para circular.

Colguemos de las paredes algunos cuadros; acuarelas, fotografías o reproducciones, dejando para el cuarto de los niños los cromos y las láminas, y no coloquemos los cuadros caprichosamente; éstos deben ponerse en el muro para mirarlos normalmente y no agachándonos y volteando la cabeza.

Permitamos que el aire y la luz entren a raudales en nuestros apartamentos. Haciéndolo así nos aproximaremos a la naturaleza.

Una palabra también para la luz artificial que es necesario tamizar. ¿Qué cosa más fatigante que una lámpara eléctrica sin pantalla? Un pedazo de tela liviana suprimiría la crudeza de la luz y ésta heriría suavemente todos los objetos que sin la tela tendrían un tono muy desagradable.

Mas estoy abusando de la hospitalidad de «Sábado» y de la paciencia de mis lectores.

Las reproducciones que ilustran este artículo muestran, mejor que mi prosa, los diferentes puntos que he querido tratar; y muestran, sobre todo, que para que un interior sea atrayente no necesita hacer alarde de lujo y de riqueza, muchas veces falsos.

Agustín GOOVAERTS
Arquitecto

DE AQUEL AMOR....

De tu amor me quedó el suave
y sugestivo recuerdo;
para qué más amores en la vida
si el tuyo fue como ninguno intenso?

Bebí en tus labios la esencia
deliciosa de tu alma,
y se quedó en lo amargo de los mios
el delicado alimbar de tu gracia.

Las palabras que insinuaban
tus ojos, aquellos días,
¡recuerdo tan bien, que hasta en mis versos
vibran, sonoras, en inquietas rimas.

Así en mi mano tu mano,
—sacra y pálida violeta—
y mi cansado corazón latía
al sentir de tan cerca la suprema

palpitación adorable
de tu corazón de seda,
como si conociera el misterioso
enigma que asechaba la promesa.

Tenías tan raro hechizo,
que mil veces sentí miedo
cuando extasiado me quedé mirando
la ardiente cárcel de tus ojos negros.

.....
Me olvidaste, y ese olvido
que te llena de alegría,
a la vez que me dice que te olvide
hace que esté la lámpara encendida.

Tu olvido me hirió en el alma:
siquiera quedó el recuerdo
de aquellos labios que tan bien sabían
poner toda la savia en cada beso;

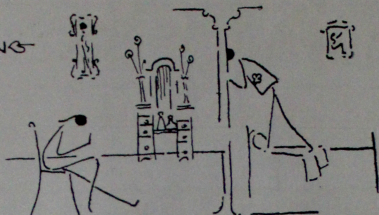
que hacían vibrar de gozo
todas las fibras calladas,
y vivir una vida en una boca,
pero una vida inmaterial y blanca

Jorge de GREIFF¹

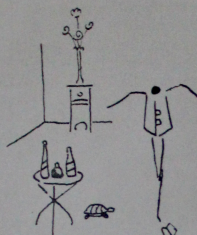
Original para "SABADO"

¿LO QUE LE ENOJA
POR

¿DEDICA A
LEO-LE-LE-LE



¿A MIRBEAU ¿A BARBUSSE



¿A JOEY KARL HUY/MARY ¿



¿A METEORINKO ¿

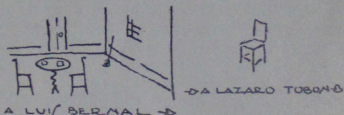


¿A FRANCIS JAMME ¿



¿A CIRO MENDIAG ¿

¿A CAR WILDE ¿



¿A LUIS BERNAL ¿

¿A LAZARO TOBOMO ¿

APUNTE COMICO, POR PEPE MEJIA

NOTAS DE ARTE

Estos días hemos podido ver, en las vitrinas de Medellín, algunas acuarelas firmadas por Pedro Nel Gómez.

No podemos sino alabar esas obras. Ellas muestran un gusto seguro, y detrás de la capa de color se adivina el lápiz del dibujante.

¿No es este el gran reproche que se hace a muchos de nuestros modernos pintores? Ellos saben, solamente, manejar el pincel con más o menos habilidad, pero casi siempre ese pegote carece de estructura, de armazón, de perspectiva.

Gómez dibuja antes de aplicar el color; y por eso, sus acuarelas son agradables a la vista.

¡Hé aquí arte colombiano! Con lo cual pueden reemplazarse ventajosamente los feos cromos de importación extranjera e introducir una nota de arte en nuestras viviendas.

A. G.

LIRICA ANTIGUA

RONDEL

Apartaos de mí luégo,
Zozobra, Melancolía:
¿pensáís esta vida mía
siempre gobernar por juego?

No ha de ser; no me doblego
a tamaña tiranía.
Apartaos de mí luégo,
Zozobra, Melancolía.

Si a perturbar mí sosiego
viene vuestra compañía,
que a vosotros y al que os guía
maldiga Dios, es mi ruego.
Apartaos de mí luégo,
Zozobra, Melancolía. . . .

Carlos de ORLEANS

(Nació en 1391 y murió en 1405. Nieto de Carlos V, de Francia y de Juana de Borbón, hija de Luis de Orleans y de Valentina de Milán, casado tres veces, preso en la batalla de Azincourt (1415) y cautivo en Inglaterra durante 25 años, este buen príncipe, cuyo destino guarda cierta analogía con Esau), también poeta, encontró en el arte de rimar solaz y consuelo a sus fatigas y decepciones).

COMPañIA GOBELAY-FABREGAS



Grupo de artistas de la Compañía, en el Teatro Bolívar de Medellín, con el traje de los personajes de "Cobardías," hermosa comedia de Linares Rivas.

VALSES

Pasaban envueltas en gasas y tules,
cifrando los hombres su breve cintura;
cual cielos pequeños, los ojos azules
el aire impregnaban de luz suave y pura;
y los ojos negros eran tempestades
desencadenadas en las claridades
de rostros alegres de níveo azahar....
Yo al amor pedía dulces soledades.
Yo nunca he valsado; yo no sé valsar.

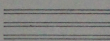
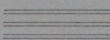
Hablaba con ella, junto a ella sentado.
No dí aquel instante jamás al olvido.
Sus risas alegres habían cesado;
mis súplicas eran canción al oído.
Buscaba yo notas que hallar no lograba,
y el mismo lenguaje tal vez me estorbaba
de mis sentimientos para la expresión.
Mi voz poco a poco se debilitaba;
calló al fin la boca y habló el corazón.

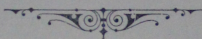
Después, apagaba sus voces la orquesta;
oyóse el murmullo de risas y amores;
dejéla en su sitio, y allí en plena fiesta
maldije las luces, maldije las flores.
De nuevo la orquesta lanzó su sonido,
y en medio del baile y en medio del ruido
pasó en otros brazos la hermosa mujer.....
De aquella alegría sall dolorido.
No he vuelto a otro baile, ni la he vuelto a ver.

Bajó ella los ojos, bajé yo los míos.
Miraba ella al suelo, miraba yo a ella.
Nuestros pensamientos, nuestros desvaríos
eran rayos múltiples de una misma estrella.
Sólos nos dejaron sin que lo advirtiéramos,
y al mirar en torno, como a nadie viéramos
de nosotros cerca, la saqué a bailar.
Bailar? era inútil que lo pretendiéramos.
Yo nunca he valsado; yo no sé valsar.

En torno a nosotros, parejas radiantes
unidas pasaban en rítmico lazo.
Y andando seguíamos los tristes amantes,
su brazo sintiendo temblar en mi brazo.
Los múltiples giros del vals voluptuoso
tal vez nuestras almas con vuelo armonioso
trazaban ligadas en íntima unión.
Leí en su mirada reproche afectuoso
y yo con la mía pedíte perdón.

Ricardo J. CATARINEU

LLEGARON CIGARRILLOS
"PALMA HABANOS" 
y
 "PALMA CORRIENTE"
Fumé, volví a fumar y no
fumaré de otros



CANUTO TORO M.

ha trasladado su almacén a la Calle de Colombia, local
que ocupaba "La Primavera"

VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL

Teléfono 2-8-5

Es exclusivamente de contado toda venta al detal.

SI SON LEGITIMOS

y muy baratos, los sombreros
"BORSALINOS"

Que está vendiendo el acreditado

Almacén A. B. C.

EL ECO DE FRANCIA

TRES ESPECIALIDADES:

ROPA BLANCA, MEDIAS
Y ZAPATOS PARA SEÑORAS

MAGNIFICO SURTIDO
SANDINOS & C^A.





Hechos positivos

Cada día aumenta el crédito de nuestro calzado. Ello se debe a lo siguiente:

Materiales: Empleamos únicamente materiales finos, de lo cual se ha ido convenciendo el público mismo.

Acabado: Nos esmeramos por presentar cada día mejor la obra, y lo hemos conseguido.

Precios: Está probado que los nuestros no admiten competencia.

Servicio: Atendemos a nuestra clientela con esmero, y no omitimos esfuerzo para dejarla complacida.

Visite nuestro Almacén, hágase Ud. nuestro cliente, y se convencerá de lo que le decimos.

Cía. de Calzado "Reysol"

Edificio Lalinde, N°. 238

Calle de Colombia.